

## CABALLERESCA.

## I

Sultana blanca y hermosa  
que por la márgen florida  
de la vega hospitalaria,  
cruzas pisando animosa  
la escondida  
amapola solitaria.

Sigue tu dulce camino  
por entre espinas y flores,  
hermosa y casta sultana,  
que yo seguiré sin tino  
mis amores  
cantándote en la fontana.

Que me importan tus espías  
 tus pajes y alabarderos  
 ni que tus locos histriones,  
 si con tiernas armonías  
     los copleros  
 conmueven los corazones.

Que tiene un cantar doliente,  
 sultana casta y hermosa,  
 mas poder y gallardía,  
 que esa madeja esplendente  
     y ostentosa  
 del astro rubio del día.

## II

Yo quisiera tus ojos inconstantes  
 tener muy cerca de los ojos míos,  
 y traducir en risas delirantes  
 del humano vivir los extravíos;  
 saber quisiera mi sultana hermosa,  
 la inadvertida causa de tus quejas,  
 y besar tu mejilla ruborosa  
 entre los hierros de tus blancas rejas,  
     como saben besar,  
     los vientos á las frondas,  
     las aves á las ondas  
     y á las playas el mar.

Más por más que mañana tras mañana  
 vengo á la fuente y mi cantar levanto,  
 nunca sales loh pálida sultana!  
 á escuchar las tristezas de mi canto.  
 Ven de nuevo á la márgen florecida  
 de la vega tranquila y solitaria,  
 y escucharás la nunca bien oída  
 de las aves dulcisima plegaria  
 de encanto y de fervor,  
 que en pos de sus anhelos  
 escapa hasta los cielos  
 en busca del Señor.

## III

Ven sultana  
 sin demora  
 sin demora, á tu balcón,  
 que te espera  
 la sincera  
 vibradora  
 cantilena de pasión.

Ven sultana  
 que suspira,  
 que suspira tu galán,  
 y parece  
 que estremece  
 de su lira  
 con las notas al Sultán.

Ven sultana,  
ven y escucha,  
ven y escucha la canción,  
del que llama  
porque ama,  
porque lucha  
sin cesar con su pasión.

No te muestres  
tan esquiva,  
tan esquiva para mí,  
que he de hablarte  
y adorarte  
mientras viva  
como vivo junto a tí.

Mientras tenga  
como tengo,  
como tengo corazón,  
mientras venga  
con mi arenga  
como vengo,  
como vengo a tu balcón.

## IV

Y habré de seguirte por montes y valles,  
por selvas oscuras, ciudades y calles,  
montañas que besen al cielo y al sol,  
y habré de llevarte después a mi ermita  
y en vez de sultana serás la bendita  
matrona que pise mi suelo español.

Dejémos por siempre tus viejos vasallos,  
montados en blancos y esbeltos caballos  
cruzemos al trote tu regio pensil,  
cruzemos las selvas besando sus frondas  
y luego surquémos las pérfidas ondas,  
las ondas azules del bravo Genil.

Más ¡ay! ¿qué deliro mi blanca sultana?  
 No escuchas el canto que acá en la fontana  
 preludia temblando mi loco laúd,  
 me niegas tus tiernos y castos amores  
 y tornas espinas las plácidas flores  
 que fueron ornato de infiel juventud.

Tendré que morirme sultana del alma,  
 me faltan tus besos, me falta la calma,  
 me falta la vida, me falta hasta Dios,  
 adiós para siempre fontana tranquila,  
 adiós ¡oh sultana! tu amor me aniquila,  
 adiós esperanzas recuerdos ¡adiós!

Monterrey, 1911.

### HIDALGO.

Cuando de niño marché á la escuela,  
 en busca siempre del que consuela  
 pan provechoso de la verdad;  
 todos me hablaban de tu existencia  
 y desde entonces en mi conciencia  
 tuve por culto tu heroicidad.

Todos me hablaban del gran ejemplo  
 que diste un día, cuando en el templo  
 mostraste al pueblo tu gran virtud,  
 día que grande fue entre los grandes,  
 pues que temblaron hasta los Andes  
 al ver hundirse la esclavitud.

Todos me hablaban de tus afanes,  
de tus congojas, de los desmanes  
y la avaricia del opresor,  
todos me hablaban de tus empeños  
y hasta en la gasa de mis ensueños  
me hablaba todo de tu esplendor.

Si al campo iba, entre el follaje,  
cabe las peñas, ó del agujaje  
sobre el movable terso cristal,  
miraba una hoja que se mecía  
y aquella hoja me parecía  
de tus laureles. ¡Genio inmortal!

Si luego ansioso de hallar descanso  
me recostaba cabe un remanso,  
cabe un remanso murmurador,  
me parecía que el agua en calma,  
era tan quieta como tu alma  
de visionario Libertador.

Más pasa todo; pasan los años,  
los goces pasan, los desengaños,

los amoríos y la ilusión,  
pasan los sueños, pasa la infancia,  
mas guarda siempre de su fragancia  
perfumes tiernos el corazón.

Porque de todo lo que se ha ido  
no todo muere ni vá al olvido;  
tu nos has dado la libertad,  
y tú perduras, y tú no mueres.  
y tu subsistes; por ello eres  
grandioso ejemplo de heroicidad.

Por ello pasas por nuestra historia  
como un sublime giron de gloria  
rastros dejando de viva luz;  
con tu Calvario cual Jesucristo,  
con tu Iscariote ya antes previsto;  
cual Jesucristo sobre tu cruz.

Septiembre 15 de 1911.

## ITALIA.

Quiera el cielo no sufras la tristeza  
de mirarte oprimida y despreciada  
!oh patria de Escipión! !oh denodada  
cuna de heroicidad y de grandeza!

Quiera el cielo no sufras la bajeza  
de verte por los turcos subyugada;  
antes que esclavizarte, con tu espada  
cortarías del tronco tu cabeza.

Antes que esclavizarte, el mar Egeo  
 abriría el abismo de su fondo  
 en insaciable y colosal deseo,

sepultando sin tregua en lo mas hondo,  
 al que supo antes ser buen italiano  
 que esclavo y desazón del otomano.

Octubre de 1911.

## VIEJOS RUMORES

En vano ocultas  
 tu blanco rostro  
 con los encajes  
 del pañolón,  
 que aunque las nubes  
 cubran el cielo  
 tras de su encaje  
 vislumbro el sol.

En vano intentas  
 que te abandone  
 con el encanto  
 de tu beldad,  
 aun siendo perla  
 te sacaría  
 de los abismos  
 que oculta el mar.

Tú no comprendes  
mi sufrimiento  
cuando en tus labios  
miro el desdén,  
acaso ignoras  
que el hombre es nada  
sin las caricias  
de la mujer.

Pueden las flores  
vivir ausentes,  
lejos del campo,  
del robledar,  
más sin el astro  
que les dá vida,  
sin sus caricias  
no vivirán.

Pueden las aves  
Por el espacio  
su ráudo vuelo  
siempre tender,  
ir por la arcilla  
con que fabrican

su amante nido  
sobre un ciprés.

Mas si les faltan  
las negras alas  
con que recorren  
la inmensidad,  
cómo pretendes,  
mi dulce encanto,  
que sin las alas  
puedan volar.

Cómo pretendes  
cuando te adoro  
con todo el fuego  
que existe en mí,  
que te abandone,  
si aun tengo alas  
y eres el astro  
de mi existir.

Para no verte  
fuera preciso

perder las alas  
de mi ilusión,  
y hacer que el astro  
de mi existencia  
no iluminara  
con su fulgor.

Tu eres el astro,  
y aunque te ocultes  
como las perlas  
del hondo mar,  
es imposible  
que no te mire  
tras de tu fino  
blanco cendal.

Podré no verte,  
cuando la tumba  
como un abismo  
se abra á mis pies,  
cuando el recuerdo  
tan solo guarde  
de lo que ha muerto,  
de lo que fué

Mas siendo el astro  
por quien aun vivo,  
siendo el encanto  
por quien viví,  
cuando te alejes  
con tus caricias  
debo por fuerza  
también morir.

Méjico, 1909.

## SONETO.

Hace ya mucho tiempo que la muerte  
segó el capullo fresco de tu vida  
y desde entonces mi alma enterneceida  
no se ha cansado de llorar tu suerte.

En mis horas de angustia vengo á verte  
hasta el sepulcro en que tu cuerpo anida,  
y me pongo á pensar en tu partida  
y en la angustia infinita de perderte.

¡Qué diera yo porque mi llanto fuera  
sabia fecunda á quien prestigio sumo  
de volverte á la vida le asistiera!

Más ¡ay! lo que á los hombres constituye  
pasa á la Eternidad, pues como el humo  
flota solo un instante y se diluye.

Enero de 1912.

### ANTES DEL VIAJE.

Desiste de marchar; calla y desiste  
si quieres endulzarme la existencia,  
más si quieres que viva enfermo y triste  
persiste pues en aumentar la ausencia.

Si quieres que las horas de la vida  
pasen fugaces en tranquilo sueño,  
no vuelvas á pensar en la partida  
ni á hostigar mi existencia con tu empeño.

Quiero que estemos cerca, no tan lejos  
que solo en el cerebro te recuerde,  
como ilusión de los amores viejos  
que en el mundano batallar se pierde.

Quiero que estemos cerca, siempre cerca  
hablándonos de amor en lazo estrecho,  
mientras los golpes de la vida terca  
nos fortalecen el desnudo pecho.

La ausencia es un martirio, tiene todos  
los sinsabores de la suerte impía,  
y siempre logra de distintos modos  
aumentar en las almas la agonía.

Tiene la desazón de la amargura  
cuyo tibio consuelo no se alcanza,  
por más que cada hombre se procura  
el soplo bienhechor de la esperanza.

No quiero ver que cuando tu te vayas  
se aumenten los rigores de la ausencia,

que mientras tú contemplas otras playas  
yo sufra el amargor de mi existencia.

Más si tu así lo quieres y te apartas  
despreciando á la par mi pobre nido,  
encontrarás mis versos y mis cartas  
hablando solo de dolor y olvido.

Quizá entonces te envuelva la tristeza  
y con las gotas de tu llanto intentes  
ablandar el rigor de mi entereza;  
pero quizá muy tarde te lamente,

porque todo se acaba, y lo que un día  
fuera felicidad, la dura suerte  
al transcurso del tiempo tornaría  
en alevoso vendaval de muerte.

Octubre de 1911.

## ONDAS MUERTAS.

No se puede soñar sin amores,  
no se puede crear sin su fuego,  
no se puede sentir sin sus dardos,  
no se puede vibrar sin sus ecos,  
volar sin sus alas,  
vivir sin su aliento. . . . .

Gabriel y Galán.

Yo llevo en el alma dolores inmensos,  
dolores agudos, dolores intensos  
que asedian mi vida con sumo rigor,  
tan hondos han sido pasados dolores,  
que dudo que puedan tus castos amores  
matar mi obstinado y aleve rencor.

Algunos suponen que nunca he sufrido,  
que siempre al amparo de Dios he vivido  
con risas y charlas que engendra el placer,  
no saben que siempre placeres fingiendo,  
he estado en el fondo del alma sufriendo  
los golpes agudos de cruel padecer.

Yo nunca he resuelto con un anatema  
los golpes siniestros del viejo problema  
que muestra la vida con su batallar,  
yo siempre he tenido para la existencia  
la mueca ostentosa de la indiferencia,  
yo siempre con risas disfrazo el pesar.

Si quieres que acabe mi risa fingida,  
que nunca engañoso me muestre á la vida,  
que si gozo mucho me ponga á reir  
y si acaso sufro mi llanto derrame,  
dame tus caricias y tus besos dame  
mas ricos que todas las perlas de Ofir.

Dame de tus ojos el fulgor divino,  
yo quiero con ellos mi obscuro camino

de dudas sembrado, por siempre alumbrar,  
es tan luminosa la luz de tus ojos  
que al verlos de pronto, los mismos abrojos  
de amores por ellos habrán de temblar.

Dame de tus labios la miel purpurina,  
la miel de tus besos jugosa y divina  
que finge raudales de dicha y amor.  
que yo estoy seguro que solo esas mieles  
pondrán en lo amargo de todos mis crueles  
y acervos pesares su eterno dulzor.

Que bueno me hiciera si tu me brindaras  
tus dulces amores, si tu me miraras  
temblando de tanto, de tanto querer;  
que bueno me hiciera si tu con tus besos  
calmaras mis penas, tan negras como esos,  
como esos tus ojos que alumbran mi ser.

Hace mucho tiempo que en otras regiones,  
regiones lejanas de viejos campeones  
la Troya de Troade sus muros alzó,  
allí hubo una reina fatal y engañosa

por quien para siempre la Troya grandiosa  
tan sólo en cenizas y escombros quedó.

Llamábase Elena, era muy hermosa,  
pero tan voluble cual la mariposa  
que olvida las flores por irse á volar,  
ella fué motivo con su cruel falacia  
de que ardiera Troya, de que la desgracia  
fuera en todas partes su luto á sembrar.

Tu como esa reina te llamas Elena;  
sé conmigo casta, sé conmigo buena  
y amaré la vida con amarte á tí;  
ya no quiero risas, ya no quiero engaños,  
lejos la careta, que corran los años,  
los años volubles en torno de mí.

Que pasen las horas, que pasen los días,  
que pasen las farsas, las farsas impías  
que forman los hombres, que pase el dolor,  
á mí que me importan los goces mundanos  
pensando en tus ojos, pensando en tus manos,  
pensando en tus besos, pensando en tu amor.

Para mí no hay cielo que me cause antojos  
 como el cielo obscuro de tus negros ojos;  
 para mí no hay rosas en ningún pensil  
 que tengan más vida, que tengan más mieles,  
 como esos tus labios, tus labios crueles  
 envidia de Mayo y envidia de Abril.

Ya solo tus goces formaran mi encanto,  
 por tus penas solo dejará mi llanto  
 correr sin demora su turbio caudal;  
 mi amor para el mundo será un egoísmo,  
 más nada me importan ni el vil preceptismo  
 ni todos los dogmas de ajena moral.

Para mí tus ojos son más que los cielos,  
 para mí tus besos más que los anhelos  
 que inspire la gloria con tanto esplendor,  
 y á todos los goces y las alegrías  
 prefiero tus manos tener en las mías,  
 tus manos hermosas cual dalias en flor.

Amémonos siempre, que importa la ausencia,  
 por algo heredamos constancia y paciencia,

por algo debemos saber esperar;  
 yo advierto en tus ojos la noche sombría  
 que al alba precede, está cerca el día,  
 la aurora se anuncia, debemos cantar.

En la Hacienda 1911.

## Dn. JUAN DE AUSTRIA.

[A mi querido maestro, el notable  
y erudito escritor Don. Manuel  
Sanchez Mármol.

Un destello quizá del viejo Apolo  
vino á encarnar tu juventud temida  
y en un aliento del soberbio Eolo  
la fé de Cristo te legó á la vida,  
para que luego ante tu nombre solo  
se sintiera la Europa estremecida,  
cual se estremece el fondo de un abismo  
ante el sordo rugir del cataclismo.

Quizá de tus designios fuera el hada  
la que templó la sangre de tus venas  
y te hiciera escapando con Quijada  
pelear no obstante sus profundas penas,  
quizá esa juventud alborotada  
que en tus horas tranquilas y serenas  
acercose sonriente á despertarte  
con las prezas trájicas de Marte.

O quizá fue la sangre que corría  
por tus venas en rojos borbotones,  
esa purpúrea sangre que tenía  
el valor legendario de los leones,  
la suma heroicidad y la hidalguía  
de viejos é indomables campeones  
que surcaban el campo de batalla  
desafiando el fragor de la metralla.

Cuentan los siglos que tu heroica mano  
sobrecogió de insólita pavora  
al cruel hereje y al fatal tirano  
en medio del ardor de su locura;  
cuentan que fuiste para el fiel cristiano  
una promesa de sin par ternura,

cuando intentaban arrojar por tierra  
la corona y los cetros de Inglaterra.

Cuando de glorias y de honor sediento,  
que siempre al triunfo la ambición se asocia,  
admitiste á los Papas el intento  
de libertar á la abrumada Escocia,  
más nunca falta en el postrer momento  
quien de algún modo la verdad disocia,  
puesto que vino la traidora suerte  
con las frías caricias de la muerte.

Cuántas veces allá, en la primavera  
de tus tranquilos años, recorrías  
sonriente y amoroso la pradera  
donde las flores con dolor cogías,  
y cuántas en la vieja enredadera  
con un dulce recuerdo, entretenías  
tu generoso corazón de niño  
refugio humilde de sin par cariño.

Cómo recuerdo aún, templada y fría  
la tarde aquella en que al *jayán* trepado

por cima del *wagón* se le veía  
por Maricuernos penetrar pausado.

¿Qué intentaba el *jayán*? ¿Qué pretendía  
entrando á Leganés, pueblo adorado  
á donde tuvo tu ilusión primera  
la caricia de un sol de primavera?

¿Qué intentaba al llegarse conmovido  
preguntando por cierto rapazuelo?

¿Aquel pliego leído y releído  
con profundo y amargo desconsuelo,  
acaso les habló de un ser querido  
que hirió la Parca, para enviarle al cielo?

¿O acaso el llanto que asomó á los ojos  
llanto fué de placer y no de enojos?

Intentaba llevarte de la aldea,  
de otros cielos en pos y de otros climas,  
hacia otro pueblo á donde el sol caldea  
al ofrecerse tras las altas cimas,  
á donde el viento modulando idea  
nuevas estrofas con acordes rimas,  
á do vivieron en tranquila calma  
las más valiosas prendas de tu alma.

Al pueblo que arrulló, con las canciones  
que modulaba al desatarse el viento,  
tus primeras y castas ilusiones  
nacidas al amor de un sentimiento,  
do escuchaste las dulces oraciones  
volando á la región del firmamento,  
al escapar del alma siempre buena  
de la virtuosa y casta Magdalena.

A aquel hermoso pueblo que tenía  
la apariencia de un lirio marchitado,  
á donde el viento con dolor gemía  
como si fuese un paria abandonado,  
pueblo de inmenso amor, Villagarcía,  
á quien tiene tu historia reservado  
el lugar más sublime y preferente  
de los pueblos del viejo Continente.

Donde refiere tu sublime historia,  
cómo tarde por tarde, el fiel Quijada,  
se llegaba á contarte la victoria  
donde venció el prodigio de su espada,  
se llegaba á animarte con la gloria,  
y el resplandor del genio, en la mirada

de aquellos indomables paladines  
que nunca fueron á la patria ruines.

Te contaba en diversas ocasiones  
cómo antes de rendirse en una hazafia,  
volaban á la muerte los campeones  
no siendo nunca de la patria saña;  
porque esos fueron caballeros leones,  
honor eterno de la vieja España  
que en el siglo de hoy, duerme sin gloria  
sobre las hojas mismas de su Historia.

Madre de mis recuerdos, dulce encanto  
y eterna adoración de mis mayores,  
patria de heroicidad, refugio santo  
de felices y amantes trovadores,  
cuna en que acaba y se evapora el llanto,  
fecunda en majestad, rica en amores,  
¿á donde están de tus pasados días  
las heróicas y nobles valentías?

¿Qué se hicieron tus ágiles corceles  
y el genio singular de tus guerreros?

Al héroe colosal, genio gigante,  
arrojado y viril, noble y austero,  
encarnación del paladín de Gante  
y del sublime vancelor de Astero;  
al que pudiera, altivo y arrogante,  
la diestra hacida al indomable acero,  
haber con sangre de gigantes tinto  
la infecunda región de Terebinto.

Fuiste sublime y grande entre los grandes,  
la tienda de campaña, fue el palacio  
que tuviste doquiera, como en Flandes  
bajo el toldo infinito del espacio,  
y en la nevada cima de los Andes,  
las Musas con la cítara de Horacio,  
al entonar sus cantos de victoria  
envidiaron los lauros de tu gloria.

Hoy solo tu recuerdo se levanta  
triunfador de la muerte y del olvido,  
puesto que ya la huella de tu planta  
en el polvo del mundo se ha perdido,  
que tras de gloria y de ventura tanta,  
solo llega temblando á nuestro oído

como un rumor debilitado é insierto  
el recuerdo de todo lo que ha muerto.

Puesto que ya no existen para ahora  
ni el va'or singular de los cristianos,  
ni aquella dulce fé consoladora  
de esforzados y rectos castellanos;  
ya no cual antes la rosada aurora  
sorprenderá en los montes y en los llanos,  
de la muerte en postreras convulsiones,  
á los que fueron ínclitos campeones.

¿Dónde está ese valor que á la arrogancia  
los siglos ven eternamente junto?

¿Qué se hicieron los héroes de Numancia  
y las viriles huestes de Sagunto?

¿A dón le está de la guerrera Francia  
aquel carácter de valor trasunto,  
y el arrojo temible y sin mancilla  
que como un sol resplandeció en Castilla?

Alfonso el de las Navas, Carlos Quinto  
y Gonzalo de Córdova, triunfaron

como triunfó David en Terebinto,  
cuando gigantes á sus pies postraron;  
ahora todo por el tiempo extinto,  
solamente los siglos nos dejaron  
en oculto rincón de la memoria,  
indebles recuerdos de su gloria.

Tu fuiste grande como el mismo Apolo  
y triunfador como el genial Adriano,  
evoco aún con tu recuerdo s lo  
la sombra colosal de Vespaciano.

Te tanta Europa, y el gigante Eolo  
scá en el Continente Americano,  
cuando pasa cual horda de salvajes  
en las selvas meciendo los follajes.

Permite pues que mi canción levante  
con el ritmo de todos mis dolores,  
deja que el ave en el silencio cante  
la canción de los viejos trovadores;  
yo vengo de esa juventud amante  
de callados y enjutes soñadores,  
que recorren el mundo sin mancilla  
con el arpa vibrante de Zorrilla.

Yo soy de los que aun suñan lo pasado,  
que guardan una fecha en la memoria,  
y en pos de los recuerdos han dejado  
una huella nomás para la Historia;  
yo soy de los que á solas han llorado  
de su perdida juventud la gloria,  
y esclavos de la mofa y la perfidia  
recogieron el fruto de la envidia

Porque todo te canta y te venera,  
porque todo inclinándose te admira,  
porque eres colosal cual la palmera  
que en el desierto aparecer se mira,  
por eso yo también con voz sincera  
para cantarte descolgué la lira,  
y di principio á mi sencillo canto  
en las costas risueñas de Lepanto.

Quise tener la lira de Tirteo  
que á magnos héroes su canción reserva,  
y mojar en las aguas de Letheo  
la pluma de las Artes de Minerva.

Quise también, cual colosal Perseo  
vencer al fin á la impiedad proterva

¿A donde están los ásperos dovelos  
y el agudo puñal siempre certeros?

¿Acaso en tu miseria no te dueles  
cuando aquellos instantes lisonjeros,  
hánse por siempre de la patria ido  
en busca del silencio y del olvido?

Oh sí madre amorosa, tu te inclinas  
al peso del dolor que te consume,  
tú lloras á la sombra de las ruinas  
de aquel pasado que tu angustia asume,  
tú sabes que á la tumba te encaminas  
y dejas que el dolor terco te abrume.

¿Qué se hicieron tus magnos regocijos  
y á donde está la audacia de tus hijos?

¿A donde está tu juventud pasada  
patria de heroicidad y valentía?

¿Donde se encuentra hoy la abigarrada  
muchedumbre de héroes, que sabía  
hacerse respetar cuando la espada  
con fuerte brazo por su rey blandía?

Me dá tristeza contemplarte ahora  
de tu verdugo-el tiempo-adoradora.

De ese tiempo cruel, del tiempo aciago  
que en los primeros años de la vida  
llega á nosotros como un viejo mago  
para ofrecernos su piedad mentida;  
más te valiera que su tierno halago  
dormir bajo el sepulcro, descreída  
de la suerte y sus vanos esplendores,  
con la mística fé de tus mayores.

Si tú á quien vuela mi canción doliente  
falta de inspiración y de armonía,  
en medio de tu cólera, impaciente  
te levantarás de la tumba un día,  
con cuanta indignación vieras patente  
que tu patria infeliz, no resistía  
el peso abrumador de tanta gloria,  
y se durmió en los lauros de su Historia.

Solo el recuerdo del pasado existe,  
ya se han muerto los viejos luchadores  
y como gloria singular subsiste  
el legado inmortal de los cantores.

Obras de Calderón, quien se resiste  
al empuje de nuevos trovadores,

como Lope y Br-túa, Boscán y Ercilla,  
como Tir o, Cervantes y Zorrilla.

Obras que ocultan la sin par ternura  
de aquella dulce inspiración Cristiana,  
obras en cuyo verso se procura  
un himno sacro á la conciencia humana,  
obras con que en el alma se madura  
la inspiración á veces inhumana,  
la vieja inspiración del Cristianismo  
que nunca habrá de ser sombra ni abismo.

Mas esa edad desapareció en la bruma  
y en el polvo de tiempos seculares,  
cual desaparece una hoja entre la espuma  
de las revueltas ondas de los mares.

Nada existe que el tiempo no consuma,  
al hombre aleja de sus patrios lares,  
y cual pudre á un ciprés es frito de galas  
le corta á la ilusión sus níveas alas.

Cuántas madres tendrán sus ojos fijos  
en esa luna que recorre el cielo

y pensando en sus muertos regocijos  
la verán con profundo desconsuelo,  
al recordar que sus amantes hijos,  
hollando el polvo de extranjero suelo,  
han sido por el tiempo arrebatados  
y en diversos países olvidados

Cuántas veces ayer, cuando eras niño,  
trasponiendo el balcón, hasta tú cuna,  
se llegaba á besarte con cariño  
un resplandor de la apacible luna.

¿Quién entonces pensara que un aliño  
fuera más tarde en tu sin par fortuna,  
arrancado del árbol de la gloria  
para prestigio eterno de la Historia?

¿Quién supusiera entonces que tenía  
que admirarte la Europa aletargada  
y conmoverse en su dolor Turquía  
ante el prestigio inmenso de tu espada?

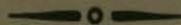
Nadie se imaginó, que la herejía  
con tu heroico valor acobardada  
fuera á atreverse en su terrible espanto  
á intimidar al héroe de Lepanto.

y partir en mi lírico Pegaso  
para cantar en lo alto del Parnaso.

Mas fué imposible y levanté mi canto  
como brotó del alma dolorida,  
humedecido con mi amargo llanto  
y con la sangre de mi abierta herida;  
lo arrullaron las ondas de Lepanto  
que dicen con su eterna sacudida  
á los pobres y tristes navegantes,  
tu nombre con el nombre de Cervantes.

Has muerto ya, más tu fecunda gloria  
es honroso blasón de las Edades,  
es tu canto mejor el de la Historia  
y el de todas las roncadas tempestades.

Cuando suena el clarín de la victoria,  
surges como Jesús en Tiberiades  
sobre la cima azul de una montaña;  
y un beso envías á tu dulce España.



En el Seminario Conciliar de Méjico en el  
mes de Enero de 1910.

